

Prólogo

“Comunicar sin palabras” es el título de nuestro libro que, como la famosa “música callada” o “la soledad sonora” del verso de San Juan de la Cruz, parece un oxímoron, una contradicción en los términos de su escueto enunciado. Es cierto que la cultura de nuestros días exalta la primacía de la imagen sobre la palabra. “Una imagen vale más que mil palabras”, es dicho común de nuestra lengua castellana. La expresión opone algo en apariencia más objetual y duradero, la imagen, a la efímera fluidez, casi inmaterial, de la oralidad humana, “las palabras aladas” de Homero.

Suelen ser así de paradójicos los juegos del lenguaje y nuestro libro, como todo pensamiento, tiene —o debería tener— algo también de paradójico. Pues “comunicar sin palabras” simula aparentar lo que no existe, la imposible comunicación, por sí sola, de la imagen. Pero no es así y pronto veremos cómo un río de palabras tratará de hacernos más lúcidas las representaciones de la sociedad ibérica en este libro de divulgación científica.

Tenderemos entonces a pensar que el título que nos proponen —que no imponen— las autoras es ante todo una provocación. O, si queréis, una llamada de atención para quien, con inquietud intelectual, acoge entre sus manos este libro. Porque sus páginas vierten continuamente palabras en diálogos que cruzamos nosotros, mujeres y hombres del siglo XXI, con unos remotos iberos, mujeres y hombres que vivieron con anterioridad a Cristo. La imagen ibérica es la excusa para este diálogo, o mejor la verdadera protagonista en esta conversación continua que encontraremos enseguida, nada más iniciar la lectura. Es sobre ella, sobre esos signos y mensajes, aparentemente misteriosos y extraños, o al menos tan diferentes y

lejanos a nuestro mundo, sobre lo que aquí largamente se discute y reflexiona. Una imagen, por tanto, dicharachera, provocadora y curiosa, que invita a la palabra, al comentario, a la discrepancia, a las propuestas, a las preguntas sobre su significado, a la luz que en ocasiones vierten y, repetidamente, a las renovadas dudas e inquisiciones continuas que en nosotros suscitan.

Pero... ¿acaso la imagen encierra celosamente un significado único, prefijado, el que pretendiera imponer tal o cual príncipe caprichoso de los iberos cuando encargó una escultura con una sonriente esfinge en piedra como señal de su tumba o, por el contrario, un toro con rostro humano, barbado y extremadamente serio; o aquel otro que quiso celebrar con abigarrados vasos de cerámica pintada sus fiestas colectivas? ¿O fue más bien el artesano quien con técnica insuperable iba dotando de nombres y de sentidos a aquellos pequeños oferentes de bronce que poco después unos piadosos hombres y mujeres del territorio dedicarían en los santuarios ibéricos junto a caminos entre valles y montañas? ¿O el siempre misterioso orfebre, que con delicado instrumental y con mirada aguda trenzaba los finísimos hilos de oro añadiendo aquellos diminutos y casi imposibles gránulos con los que resaltaría el fecundo cosmos de los héroes y los dioses? ¿Eran solo ellos, aristócratas y artesanos, los hacedores de leyendas y de imágenes, dueños y señores además de las interpretaciones? ¿No pudieron serlo también los viajeros y visitantes curiosos, las gentes más sencillas del lugar con sus ojos abiertos, incluso los inquisitivos niños que exigen con insistencia a sus mayores respuestas inapelables sobre lo que se ofrece tan descaradamente a su mirada? ¿O...?

Permítasenos relatar una historia de la misma antigüedad para entender algo mejor la ambigüedad de los lenguajes iconográficos y la reacción tan espontánea de los hombres ante unas imágenes siempre abiertas a la vanidad del comentario y a la conjetura. El relato nos sitúa lejos de Iberia, en el milenario espacio de otro Mediterráneo muy diferente, el del antiguo Egipto, río arriba en el alto Nilo. Allí, en el templo tebano del dios Ammón se hallaba protegida la tumba del ilustre y poderoso faraón Ramsés II, vencedor de batallas memorables cuyos relatos le acompañarían eternamente en su muerte de príncipe. Refiere la historia Hecateo de Ábdera, visitante de Egipto bajo el reinado del monarca helenístico Tolomeo Sotér. Entre los innumerables relieves, el curioso viajero se detiene ante aquél en el que el faraón se ocupa de un asedio, acompañado de un león, no un león cualquiera sino su león. Dice Hecateo que “una parte de los intérpretes defendía que se tratase de un león verdadero que, domesticado y cuidado por el rey, hacía frente a los peligros de la batalla; otros, por el contrario, opinaban que el rey, valeroso hasta decir basta y anhelante de alabanzas sin fin, había querido representarse con el león para

mostrar así la audacia de su propio ánimo”¹. Desde de la aceptación plena del rey de las fieras hasta el más alegórico y metafórico uso del león como alusión al interior moral del príncipe, son grados de realidad diferentes que podrían estar presentes para los hermeneutas de aquellas imágenes, pertenecientes ya por entonces, en la época tardía de Hecateo, viajero en tierra extranjera, a un pasado remoto y ajeno.

De modo similar supongamos que fue también aquel proceso inacabable de la palabra el que pudo acompañar, a través de relatos e interpretaciones inagotables, a esas mismas imágenes ibéricas que hoy nos siguen motivando, desde nuestra atalaya del siglo XXI, con preguntas y perplejidades nuevas.

Las dos autoras del libro conocen bien los espacios de la antigua Iberia y acuden a diversos caminos de indagación y a estrategias varias para acercarnos a todo este denso y heterogéneo universo de signos. Sospechan, y a veces saben bien, que hay una trama detrás, y actúan sabiamente, como si estuviéramos en presencia de un inmenso tejido (los tejidos, por cierto, animados por vivos colores, hubieron de contar entre los soportes más privilegiados de imágenes en las sociedades del Próximo Oriente y del Mediterráneo antiguo). Y a medida que ellas van desgranando su discurso nos muestran también algunas estrategias de sus lecturas. Son caminos, métodos que paralelamente, en el quehacer comunicativo de la investigación, hemos ido muchos de nosotros contrastando a lo largo de años y años de estudio. Otras veces el método queda, simplemente, implícito. Saben bien que no es necesario comunicarlo todo, ofrecer en cada ejemplo un lenguaje plenamente explícito. Basta en ocasiones con apuntar y sugerir el argumento interesando al lector no familiarizado con el universo de extrañezas que a manos llenas nos ofrece la imagen ibérica.

Pero otras veces las dos autoras nos sorprenden y dan un salto atrevido. Por ejemplo, cuando nos hablan de la muchedumbre de los iberos sin imágenes, los olvidados de la historia, casi al final del libro; o cuando irrumpen con un relato que ellas han urdido sobre retazos de paisajes y fragmentos de la realidad figurada ibérica y de nombres y contextos antiguos. Lo hacen así pues consideran que es ése el momento oportuno para dotar a la palabra de una mayor plenitud de vida. E incorporan el cuento, que esconde nuestro yo más imaginativo y profundo. Los tres breves relatos que iremos encontrando entreverados en el libro son, decididamente, parte del proceso vivo de la investigación, una investigación que hoy supera los

1. Referido por Diodoro, I, 47,1. Con este relato, por cierto, el filólogo e historiador italiano Luciano Canfora inicia *La biblioteca desaparecida*, 1986, un bellissimo libro que trata de palabras escritas y reunidas durante siglos para acabar definitivamente perdidas bajo el poder del fuego.

escrúpulos en exceso neopositivistas de épocas pasadas, cuando se evitaba trascender la materialidad de todo fragmento de la historia con interpretaciones “inciertas e imaginativas”. La ruptura del viejo modelo responde a ese anhelo, tan imposible como lícito, por reconstruir el pasado —“el abismo de pasado”— con el que nos enfrentamos los arqueólogos, anhelo que, seguramente, también motiva a muchos de los lectores de este libro en su subconsciente profundo. Nos gustaría que este paso atrevido se entendiera dentro de esa búsqueda o aspiración holística del conocimiento, que en esta época de reconstrucciones y viajes virtuales del universo digital está ya por fortuna arrinconando la excesiva fragmentación y asepsia del proceso científico.

Y nos queda por señalar y hacer explícita una impresión, si se nos permite tomar ahora la palabra como pequeño equipo científico. No ocultamos cierta alegría colectiva en ser pioneros en el ámbito de las llamadas Humanidades por habernos atrevido a difundir y verter un importante caudal de nuestro conocimiento dentro de esta Colección Divulgación del CSIC, que en estos últimos años nos está ofreciendo textos tan seductores y atractivos sobre las novedades y perspectivas de la indagación científica. Es un privilegio para nosotros disponer de este hermoso cauce de comunicación. Proclamamos, pues, nuestro gozo junto con la ilusión de poder introducir en este libro el similar proceso de inquietud y curiosidad intelectual con el que día tras día hemos formulado hipótesis y hemos trazado caminos de lectura para conocer —o al menos atisbar— cómo se representaban los antiguos iberos en la diversidad de los espacios y tiempos de su historia.

Esperemos que en el hilo conductor que nos guiará por el viejo laberinto iconográfico del mundo ibérico hayamos sabido apuntar el proceso de nuestra investigación. La Ariadna mítica que ha desenrollado nuestro hilo son hoy dos investigadoras del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Susana González Reyero y Carmen Rueda; la primera de ellas, científica titular en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales de Madrid; la segunda, contratada posdoctoral del Ministerio de Ciencia e Innovación en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma.

Tal vez, finalmente, al lector le interese conocer cuáles han sido los principales contextos durante la discusión y escritura de este libro: en primer lugar, el paisaje y la propia ciudad universitaria de Jaén, cuna de antiguas poblaciones ibéricas, cuyo territorio e imágenes están presentes en muchas de las páginas que siguen; en segundo lugar, el Centro de Ciencias Humanas y Sociales de Madrid, que hoy acoge al Instituto de Historia, donde se engendraron, ya hace años, pensamientos y discusiones aquí presentes; y por último, pero en no menor medida, la Escuela de

Historia y Arqueología en Roma, institución del CSIC que en 2010 desea cumplir con alegría el centenario de su fundación. Queremos, pues, colaborar a la celebración con el pequeño don de este libro. La riqueza de Roma, espacio de encuentros entre jóvenes becarios y viejos maestros, envuelta en una red, casi inagotable, de institutos italianos y extranjeros, ha sido el espacio de estímulo y acogida más adecuado para el desarrollo final del libro.

En Roma, desde Roma —un lugar apropiado para insospechados encuentros de este tipo—, más allá del limitado paisaje ibérico, las palabras e imágenes que siguen desean dialogar con sus coetáneas compañeras mediterráneas. Pero, ojalá, más adelante y sin demorar mucho la espera, estas mismas imágenes ibéricas se atrevan a entablar nuevas conversaciones e intercambio de inquietudes con las imágenes de otras muchas culturas, por nosotros hoy desgraciadamente ignoradas, que construyen múltiples espacios simbólicos en nuestra aldea del mundo.

Ricardo Olmos y Trinidad Tortosa
Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, CSIC